

SANTO Y HÉROE: OLEGUER DE BARCELONA*

Al visitar la espectacular catedral de Barcelona, construida entre los siglos XIII a XV (finalizada, en su casi totalidad, en 1488), como hacen miles de personas anualmente, hay muchos elementos que se disputan la atención del visitante: el impresionante espacio interior (83m de longitud por 37m de ancho y 26m de altura), la escalera que desciende a la cripta de Santa Eulalia conmemorando los mártires de la antigua Barcino, y el altar mayor mismo. Pero no hay nadie que marche sin visitar la capilla lateral principal, la Capilla del Santísimo Cristo de Lepanto, donde se exhibe el «Cristo de Lepanto», insignia del buque almirante de Don Juan de Austria cuando comandó la Santa Liga contra la flota turca que amenazaba la supremacía cristiana en el Mediterráneo occidental.

La rivalidad entre cristianos y musulmanes había sido llevada desde Europa al Norte de Africa bajo Carlos V, pero las ambiciones españolas sufrieron un humillante revés en Djerba, en la expedición de 1559 a Trípoli. Se llegó a un punto muerto, pero las galeras turcas estuvieron constantemente poniendo a prueba la invisible frontera del Mediterráneo central. La victoria del 9 de octubre de 1571 en Lepanto fue anunciada por toda Europa como una merecida venganza por las anteriores derrotas y, especialmente en España, como un resonante triunfo. J. L. Elliot en su *Imperial Spain* (p. 238), comenta:

La espectacular victoria de las fuerzas cristianas en Lepanto en 1571 compendió para los contemporáneos todo lo más glorioso en la cruzada contra el Islam. Fue una eterna fuente de orgullo para todos aquellos que, como Miguel de Cervantes, lucharon en aquella batalla y pudieron mostrar las cicatrices de sus heridas, y de agradecida admiración para los millones que vieron en ello la divina liberación de la Cristiandad del poder de su opresor. El mismo Don Juan de Austria apareció con la resplandeciente ima-

gen de héroe de la Cruzada: el hombre que había conseguido aquellos grandes logros en nombre del Señor. Los trofeos de la batalla fueron expuestos con orgullo y la victoria fue conmemorada en lienzos, medallas y tapices.

Pero no es Don Juan, el héroe de Lepanto, quien está sepultado en el santuario de la victoriosa Cruzada. Es otro héroe de otra época. Elevada sobre el altar como destacada pieza principal del conjunto no se halla el trofeo de Lepanto, sino una tumba de alabastro, tallada en aquella época de renovado conflicto cristiano-musulmán, en la cual yace el carismático santo del siglo XII Oleguer [Oldegarius] Bonestruga, Obispo de Barcelona y Arzobispo de Tarragona. Ocupa el lugar que le corresponde, habiendo sido de la orden agustiniana en San Rufo de Avignon de donde procedía tras la reforma post-gregoriana de los capítulos catedralicios a finales del siglo XI y comienzos del XII; esta capilla lateral había sido el alojamiento del capítulo de la catedral medieval. Pero, ¿porqué el encubrimiento a este lugar honorífico, bajo el Santo Cristo de Lepanto? ¿Cuál es el significado y la ironía de la conjunción del emblema de Don Juan con la efigie funeraria y la conexión entre el culto a este santo prelado y la cruzada del siglo XVI o la mentalidad del siguiente siglo cuando fue canonizado?

Existe una evidente relación semiótica entre el principio de las cruzadas, cuando la hegemonía condal barcelonesa fue impuesta a los musulmanes al norte del Ebro durante el siglo XII con su posterior expansión para adueñarse de los mares, y la Batalla de Lepanto que fue considerada en su momento como la culminación de las cruzadas, con la amenaza naval turca al Oeste definitivamente alejada. La Santa Liga, liderada por el Papa Pío V, que fue armada y equipada por Felipe II de España, principalmente en Barcelona, e incrementada con contingentes del imperio comercial veneciano, se había establecida a lo largo de la vieja frontera entre el Mediterráneo del Este y el del Oeste que había marcado la frontera marítima del Imperio Romano. El límite desde la antigüedad hasta comienzos de la época moderna iba desde la punta de Italia a Sicilia y hasta Túnez en el Norte de África. Los ataques turcos habían amenazado con derribar esta frontera, haciendo el Mediterráneo occidental de nuevo vulnerable, como había sido a lo largo de la mayor parte de la Edad Media, a los ataques y piratería de los musulmanes. La amenaza fue tan inminente, en los últimos años de la década de 1560, que el Rey Católico ordenó la evacuación de las Islas Baleares. Los catalanes protestaron tan fuertemente

que el rey canceló su orden, pero esto significó que los barceloneses en particular, para proteger a sus paisanos y a sus vastos intereses comerciales, debieron prepararse para combatir arduosamente al enemigo, recordando aquellos lejanos tiempos cuando los musulmanes ocuparon Barcelona y durante cuatrocientos años permanecieron a sus puertas, justo al otro lado de la frontera tarraconense, dominando el Mediterráneo occidental.

La segunda conexión es más sutil e irónica, ya que consiste en relacionar el papel de mediadores de todos los santos, pero especialmente de San Oleguer, la ayuda del cual invocaban los barceloneses en las continuas cruzadas contra el Islam, porque en la tierra había sido el máximo mediador. La Santa Liga se deshizo tras la defección de Venecia un año después de Lepanto, la revuelta de los Países Bajos desplazó la atención de la Corona hacia otra parte, e incluso las subvenciones papales no bastaron a las finanzas españolas para mantener varios frentes simultáneos. Irónicamente, a pesar de todo el revuelo que causó, la de Lepanto fue una victoria superficial. A diferencia del sistema de alianzas creado por Oleguer en el siglo XII, el movimiento de la cruzada se volvió desunido, esporádico y fácilmente desviado de su objetivo. Así, Oleguer, intercesor y mediador, cuyo culto tuvo un arraigo local desde el siglo XIII, como está comprobado por la compilación de un libro de milagros (en su mayor parte remedios y curaciones) y cuyo sepulcro había sido ricamente esculpido y colocado en un emplazamiento preeminente en el siglo XV, fue relacionado con la victoria de Lepanto en el siglo XVI porque él era el intercesor más reverenciado siempre que el pueblo entraba en conflicto con el Islam. No obstante, no fue hasta 1675, muy posteriormente a cualquier vestigio de las cruzadas, al ser canonizado por el Papa Inocencio XI, que el reconocimiento de este santo se hizo oficial para toda la Cristiandad. Se podría pensar que, dadas sus improductivas secuelas, Lepanto no podría figurar entre sus milagros. En el ocaso de la grandeza española, en una época de nostalgia y de esperanza, fue conmemorada esta figura representativa de la Alta Edad Media, de la fuerza de las Cruzadas y de una duradera victoria de la Cristiandad sobre los infieles. Es como si el pueblo se preguntara sobre el resultado de Lepanto y hubiera esperado una historia diferente si un Oleguer de Barcelona hubiera vivido entonces. Él fue el héroe que la Santa Liga nunca tuvo, el penúltimo estratega, intercesor, negociador, hacedor de alianzas y arquitecto de la gran cruzada que los participantes en la Santa Liga, en la estela de Lepanto, hubieran querido tener.

Este santo fue, por fin, oficialmente reconocido, cuando Cataluña, España y Europa, en aquellos tiempos de la Reforma, la Contrarreforma y

las Guerras de Religión, necesitaban desesperadamente venerar un héroe cristiano que personificara la restauración del Cristianismo, la unidad cristiana y la paz. Oleguer, a quien se atribuía el éxito de la reconquista catalana al ocuparse, al fin, la Cataluña Nueva, fue su héroe tardío. Su valor y su coraje fueron apenas patentes en el campo de batalla, pero debían ser evidentes en las mesas de negociación. Era un gran hombre de estado y tal vez el diplomático de su siglo.

Turistas europeos y americanos, de pie delante del Cristo de Lepanto, hoy en día no pueden hacer otra cosa que fijar su mirada en el sarcófago blanco de San Oleguer. Se les oye preguntándose los unos a los otros: «¿quién es?», mientras rebuscan en sus guías turísticas o se esfuerzan por escuchar los crípticos comentarios de algún experto. Pero, ¿quién fue este eclesiástico que tardó tanto en ser reconocido como santo y que parece haber sido elevado tardíamente al rango de héroe, que se merece un lugar tan preeminente en la memoria de la Iglesia y especialmente de la Iglesia de Barcelona, pero que aún hoy en día permanece poco conocido fuera de Cataluña?

Conocemos la vida de Oleguer gracias a dos relatos biográficos conservados en unos manuscritos, de 1323 y 1340, que se guardan en el archivo de la Catedral de Barcelona, incluidos por Enrique Flórez en su *España Sagrada*. El último es una copia de lo que puede considerarse el original de la *Vita prima sancti Olegarii* escrita por un ayudante de Oleguer, contemporáneo suyo, denominado «Master Renald de Barcelona», cuyos manuscritos del siglo XII se han perdido. La *Alterata vita* ó segunda, está basada en la primera, quizá como un prólogo al anexo sobre los milagros para formar un temprano proceso o informe para su beatificación. Estos textos biográficos y hagiográficos están complementados por numerosos documentos en el archivo de la Catedral y copias en el famoso *Libri Antiquitatum* o gran cartulario de la Sede Barcelonesa, así como las menciones a este prelado por los cronistas contemporáneos, entre ellos Ordericus Vitalis en su obra escrita en 1141 que incluye la expansión normanda y su participación en las Cruzadas Ibéricas. Aún hoy en día pueden visitarse iglesias parroquiales de la diócesis de Barcelona construidas durante el episcopado de Oleguer. Finalmente hay evidencias fotográficas de cuando se exhumó el cuerpo de Oleguer con el fin de salvaguardar sus vestiduras medievales así como documentación sobre sus restos, lo que revela un hombre de estatura y constitución media cuya relevancia se debía más a su personalidad y carisma que a un físico que impresionara. A partir de todas estas fuentes es posible reconstruir su vida y resaltar su

contribución a la historia local y su significación para toda la Europa del siglo XII.

No obstante, se sabe muy poco de los inicios de su vida. Nació alrededor del año 1060, tomando el nombre de su padre, de quien sabemos que estuvo empleado al servicio de la casa condal de Barcelona como escriba y correo. Según Renald, Oleguer fue un niño muy estudioso, revelándose pronto como una promesa y siendo preparado para el servicio de la Sede de Barcelona como oblat. Creció pues en los alrededores de la catedral románica de la Santa Cruz, en el centro de la ciudad. El 15 de Julio de 1088 obtuvo el rango de diácono, colaborando con el obispo Bertrán en su reforma agustiniana del Capítulo y su asociación con San Rufus de Avignon. El 16 de Julio de 1093 Oleguer fue el *praepositor* del Capítulo u oficial principal de las finanzas. Algún tiempo antes de la muerte, en 1095, del obispo Bertrán, Oleguer es nombrado prior en San Adrián del Besós, cargo que mantuvo a lo largo de una época en la que el renacido poder militar del Islam del Norte de Africa amenazaba el equilibrio de poder que se había establecido en España.

En 1114 el valí de Zaragoza preparó una expedición que, después de atacar Cervera, descendió por el desfiladero de Martorell y amenazaba con proseguir por el valle del Llobregat para saquear la misma Barcelona. El conde regresó apresuradamente de la campaña en las Baleares para reunirse con las tropas llamadas desde la Provenza y Narbona para proteger la capital. Los musulmanes se retiraron a través del Penedés, donde su táctica de tierra quemada causó grandes daños. Las tropas catalanas y provenzales los persiguieron hasta pasada Tarragona, derrotándolos en Salou con la ayuda de un contingente naval procedente de Mallorca. Fue durante esta confusión que Oleguer fue elegido abad de la casa madre en Avignon y cabeza de la congregación agustiniana de Provenza. Aunque fue elegido principalmente como un hábil administrador, fue en su cargo de abad que su talento diplomático llamó la atención tanto del clero como de los nobles, especialmente de la familia condal de Barcelona. Negoció arreglos en las querellas sobre propiedades entre los monasterios de Cuixà y Arles y alcanzó una destacada reputación como juez y como abogado. Su elección debió ser planeada para asegurar la ayuda de esta importante congregación a la causa catalana. Además, se ha especulado que él fue el no-identificado abad *Nigelarius*, mencionado en la *Gesta Triumphalia* pisana, que tuvo tan importante papel en la alianza de Pisa, Provenza y Barcelona contra los musulmanes de las Baleares en 1113-1114.

Cuando, en abril de 1115, murió el obispo de Barcelona Ramón

Guillem durante el sitio de Mallorca, la sede quedó vacante. A instancias de su esposa, la condesa Dulce de Provenza, a quien Oleguer había acompañado a Barcelona, el conde Ramón Berenguer III pidió al abad que aceptara su nombramiento como obispo. Oleguer se negó, el conde insistió y, según el cronista Renald, el conde llegó incluso a intimidar al eclesiástico para que permaneciera en Barcelona. Ambas *Vitae* dan cuenta de las protestas de Oleguer. Tal vez se trataba tan solo de la retórica convencional del *nolo episcopali*, aunque quizá fuese un rechazo sincero ya que al cargo de obispo se le había sumado la obligación de ayudar al conde a mantener intacta la frágil alianza forjada para la cruzada mallorquina, así como de ayudarle en la estabilización de la frontera. Además, es probable que las ambiciones barcelonesas acerca de la reconquista de Tarragona estuvieran ya solidificándose política y estratégicamente, y donde la iglesia de Barcelona jugaría un papel descollante. La connivencia entre el papado y los prelados catalanes para restaurar la sede metropolitana tarraconense tenía un sólido precedente en el fracasado intento de Berenguer Seniofred de Lluçanes en la década de 1090 cuando el Obispo de Vic fue nombrado Arzobispo *in partibus infidelibus*. Esto hubiera tenido como consecuencia la restauración eclesiástica del metropolitanato de Tarragona, la antigua sede de Tarraco que, a mediados del siglo XI, estaba bajo dominio musulmán, y se hallaba en ruinas y apenas habitada. Al igual que Henry II unas décadas más tarde,¹ el plan del conde fue el de confiar tanto la sede de Barcelona como la proyectada restauración de Tarragona a alguien leal y adicto a la familia.

Ramón Berenguer y su séquito, que incluía al maestro Renald, pero no a Oleguer, marcharon hacia Roma con la intención de asistir al Concilio Lateranense el 4 de marzo de 1116. El biógrafo de Oleguer indica claramente su intención de requerir ayuda militar para la lucha contra el Islam, en especial contra los fanáticos almorávides. Por el camino obtuvo renovada fidelidad de los nobles provenzales, dispuso contingentes navales de Niza, Arles y otras ciudades y negoció la renovación de la alianza de 1113 con Pisa y Génova. Permaneció en la costa debido a las intenciones de las tropas imperiales de tender una emboscada a su séquito. Pero una delegación suya se entrevistó con el Papa Pascual II en el Castillo de Sant Angelo para planear la prevista cruzada contra los musulmanes de Lérida y de Tortosa. Pascual II dictó unas cartas ordenando a Oleguer que acep-

1. Se refiere al nombramiento de Thomas Becket como obispo de Canterbury por parte de Enrique II de Inglaterra (N.del T.)

tara su consagración episcopal de las manos de su legado, el cardenal Boso de Santa Anastasia. Una carta posterior, de 23 de mayo de 1116, revela que el Conde había renovado la lealtad de su familia a la Santa Sede (ya declarada en 1089), y que el papado estaba dispuesto a amparar las previstas campañas como una auténtica cruzada, dirigida no solamente contra los habitantes musulmanes de la frontera tarraconense, sino contra sus tiránicos opresores, los invasores africanos, los almorávides. El cardenal Boso se unió a la comitiva condal, viajando hasta Magelona, donde consagró a Oleguer como Obispo de Barcelona, regresando todo el grupo a la capital en medio de las aclamaciones del pueblo.

Poco después del nombramiento de Oleguer como obispo, maduró un completo programa de restauración eclesiástica, como componente esencial de la Reconquista. Es un hecho destacable que fue el conde quien consiguió la bendición papal como condición a un renovado vasallaje como estado cruzado, mientras Oleguer permanecía en su sede. El cardenal Boso marchó a presidir concilios en Burgos y Coimbra, y más tarde en Gerona a su retorno en la primavera de 1117, con motivaciones claramente eclesiásticas, aunque también para asegurar la desaparición de posibles restos de hostilidades entre los estados cristianos peninsulares, siempre dispuestos a guerrear unos contra otros, tanto como contra los reinos musulmanes taifas del sur. Renald deja claro que el cardenal legado proclamó la cruzada contra Tortosa y puntualiza la política papal de amenaza de intervención en caso de lucha entre cristianos, alentando una alianza peninsular contra los musulmanes. A pesar de esto, nunca se logró un frente unido luso-hispano contra el Islam, aunque se consiguió frenar las hostilidades entre los reinos cristianos. Esto permitió una acción más decidida en el frente oriental donde el empuje de Alfonso el Batallador de Aragón contra la frontera del reino de Zaragoza fue coordinado con el ataque de los barceloneses contra las ciudades de Lérida y Tortosa. El posterior movimiento de Aragón, bajando por el valle del Ebro, sin embargo, significó una fuente de potencial conflicto entre Aragón y Cataluña. La solución de este posible desastre mediante la unión dinástica entre Aragón y el condado de Barcelona supuso la suprema victoria de Oleguer hacia el final de su vida.

Los acuerdos para restaurar la sede metropolitana de Tarragona se llevaron a cabo durante 1090-1091, a excepción del importante acto del 23 de enero de 1118 cuando el conde Ramón Berenguer III concedió la ciudad de Tarragona y su territorio a Oleguer y sus sucesores, no en Barcelona, sino como primados de la Tarraconense, bajo la obediencia de la

do a cargo de la Cruzada Ibérica por Calixto II; acudió a los campos de batalla del valle del Ebro en 1123-1124; y, después del desastre de Corbins, realizó una peregrinación hasta Tierra Santa, en 1125, no sólo para presentar sus respetos sino a la busca de hombres para la cruzada y de colonizadores. A su regreso logró que Roger II de Sicilia se adhiriera a la causa catalana. Después, en el verano de 1125, a su regreso a Barcelona, se ocupó de las tropas que iban llegando de Francia, de Normandía, de Provenza, de Italia y de Sicilia y tal vez incluso de Tierra Santa, para formar la fuerza internacional que debería ocupar Tarragona. Entre sus muchas ocupaciones, no era la menor la de arbitrar en las frecuentes disputas entre los aliados, asegurarse de que eran retribuidos los caballeros de Montpellier a quienes no se había pagado, y conseguir atraer a Génova a la alianza.

Mientras tanto, las tropas condales conferían seguridad al perímetro norte del territorio de Tarragona, al irse apoderando de una serie de castillos estratégicos. Asimismo, los caballeros de la nueva orden militar del Hospital que habían sido organizados en Cervera en algún momento después de 1111, instalaron un destacamento, en 1120, en Sant Valentí de Cabanyes en el Penedés. De esta forma, los colonizadores catalanes pudieron ir estableciéndose en los llanos de Tarragona bajo su manto protector, en territorios que todavía se hallaban ocupados por campesinos y pastores musulmanes quienes, a su vez, se hallaban protegidos por un sistema de castillos en la montañas, desde Tortosa hasta Ciurana. El año 1127, Ramón Berenguer III de Barcelona, Roger II de Sicilia y Guillermo V de Montpellier junto con sus asociados, los comerciantes genoveses, se preparaban para una gran expedición naval contra Tortosa, la cual se inició en Julio de 1128.

Entretanto, Oleguer estuvo muy ocupado, trabajando entre bastidores, en Narbona, cuando acudió al Concilio convocado por el legado de Honorio III, el arzobispo Arnaldo de Narbona. Allí fundó la hermandad de Tarragona, ampliándola y convirtiéndola en una archicofradía, en la que las iglesias de Toulouse, Agde, Magelona, Carcassonne, Beziers, Lodeve, Elna, Gerona, Vic, Urgel y Zaragoza, además de cinco grandes abadías, financiarían las guerras en la Nueva Cataluña. Otras hermandades menores, como las de La Portella, Urgel, Lillet, Santa Eulalia del Campo, y la Santa Cruz en Barcelona, se incorporaron también a esta organización protectora pan-pirenaica. Los importes que pagaban los seglares era de 12 *denari* «si no más» anuales, siendo posible inscribir a sus deudos difuntos mediante el abono de las cuotas correspondientes. A su vez se

ofrecían misas por la intención de la Cruzada y por las almas de sus miembros. La Paz y Tregua de Dios se extendió a fin de mantener la paz en la región, y se proclamó la protección de San Pedro en el territorio. En 1128 el obispo de Vic estaba reconstruyendo la iglesia de San Salvador en los suburbios de Tarragona,² y documentos del cartulario de San Cugat del Vallés confirman las donaciones de los fieles a la archicofradía para la restauración de Tarragona.

En este momento crítico, el anciano arzobispo, de ya casi setenta años, infeudó Tarragona, como un principado eclesiástico a un mercenario normando, Robert Burdet, que procedía de Cully cerca de Roadanges, no lejos del monasterio de Orderic Vidal en St. Evroult. Parece ser que había venido al nordeste de España con las tropas de Rotrou II de Perche en 1114, que luchó a favor de Alfonso I y puede haber conocido al arzobispo en 1122-23 durante las campañas del valle del Ebro. Roberto fue nombrado «Príncipe de Tarragona» el 14 de marzo 1129 cuando rindió homenaje al legado del arzobispo pero, en su calidad de defensor, el normando asumió una relación similar a la francesa *vidaume* (*vicedominus*) o protector. El convenio es detallado e ingenioso, basándose en precedentes, pero siendo creativo al mismo tiempo. Según Orderic Vidal, Robert viajó a Roma a fin de tener estos arreglos confirmados por el Papa.

Algún tiempo después de 1129 una embajada musulmana de Tortosa, encabezada por el jurista «Abd al-Aziz» se quejó a Ali-ibn Tasufin en Marrakesh de que Tortosa necesitaba más protección que nunca, puesto que Tarragona había caído en manos de los cristianos. Documentación posterior, de 1149, sugiere que los Normandos sitiaron la ciudad en 1130, pero los contraataques musulmanes continuaron hasta 1141 o incluso hasta más tarde. Ramon Berenguer III murió en 1131 sin realizar su sueño de conquistar Tortosa. Poco después Alfonso I se encontró con una fuerte resistencia en Fraga a causa de los refuerzos almorávides. Las tropas normandas procedentes de Tarragona acudieron en su ayuda al mando de Robert Burdet, mientras la esposa de éste revestida de armadura, patrullaba por los muros de Tarragona para levantar la moral de la guarnición. Tortosa y Lérida fueron también reforzadas y se intentó otro ataque aliado contra la ciudad del bajo Ebro en 1136. Este ataque fracasó y Tarragona continuó siendo vulnerable a un contraataque hasta después de la toma de Lérida y Tortosa una década más tarde.

Oleguer fue apartado durante algún tiempo de la Cruzada y de sus

2. La iglesia de «Sant Salvador del Corral» estuvo situada en lo que había sido circo romano, probablemente en la zona ocupada actualmente por el edificio del Ayuntamiento (N.del T.)

vicisitudes para que hiciera uso de sus habilidades como pacificador en el amplio escenario de los continuos conflictos entre el Imperio y el Papa. Incluso predicó en el sur de Francia, mientras arbitraba en un conflicto con Italia, declarando que los criminales excomunicados podrían obtener la absolución después de haber hecho un año de servicio militar en la cruzada en el noreste de España. Inocencio II, en el concilio de Clermont en 1130 ordenó a todas las diócesis sufragáneas de Tarragona que contribuyeran económicamente a la restauración de la Sede Metropolitana. Los Templarios fueron enviados en 1131 a Barbara para proteger la frontera superior y, hacia 1135, extendieron sus posesiones a lo largo de la marca; mientras los Normandos permanecían instalados en Tarragona, pero las tierras altas al sudeste no habían sido sometidas, los piratas amenazaban la costa y Tortosa seguía invulnerable.

Oleguer regresó de negociar la paz entre la Federación Catalano-Aragonesa y Castilla-León, que se disputaban los derechos sobre Zaragoza, de tutelar la sucesión de 1134 en Aragón, y de guiar al joven Ramón Berenguer IV en el arte de gobernar, en la estrategia militar, y en concertar su matrimonio con Petronila, la heredera del trono aragonés. Ya en 1130 se había quejado a Inocencio II sobre los achaques de su avanzada edad y el peso de su cargo, a pesar de lo cual aún continuaba viajando continuamente entre Barcelona y Zaragoza. Hizo un último viaje entre noviembre de 1136 y principios de 1137, regresando para convocar un concilio en Barcelona. Murió poco después, el 6 de marzo de 1137. Tenía casi 80 años, habiendo sobrevivido a la mayoría de sus contemporáneos, doblando el promedio de esperanza de vida. Había conseguido con creces mucho más de lo que otros podrían haber logrado y dejó un mundo considerablemente cambiado.

El legado de Oleguer Bonestruga es notable:

- La reforma de la iglesia de Barcelona.
- La restauración de la sede de Tarragona.
- La fundación de la archicofradía de Tarragona.
- Un significativo avance en la cruzada contra Lérida y Tortosa, incluso si el objetivo no fue conseguido durante su vida.
- La fusión de la alianza y la federación catalano-aragonesa que hicieron posible su unión con la formación de la corona de Aragón y Cataluña.

Su fantástica *vita activa* no es común en la hagiografía; no muchos clérigos fueron tan influyentes, traspasando fronteras culturales y políticas; ni tampoco han llegado a ser santos hombres de estado y diplomáti-

cos que han poseído tanto poder terrenal y que se han dedicado tanto a los asuntos de este mundo. Las alianzas militares que él forjó desde 1113-1114 en adelante perduraron más de una generación y unieron todo el Mediterráneo occidental, extendiéndose hasta Normandía, para derrotar a los almorávides africanos en España.

No resulta sorprendente, pues, que su nombre fuera invocado cuatro siglos más tarde por los barceloneses, que oraron a Oleguer para que se resolviera felizmente la amenaza turca contra el Mediterráneo occidental, o que, en el ocaso de España y su imperio, mejores y más gloriosos días fueran recordados y que héroes como él fueran recuperados de los tiempos antiguos como candidatos a la santidad en los tiempos modernos. Uno se pregunta ahora, como se haría entonces, de que forma se hubiera desarrollado la historia si hubiese sido Oleguer quien organizara la Santa Liga, o si un Oleguer se hubiera encargado de conducir una desunida Cristiandad que se hubiese quedado atónita ante la singularidad del objetivo alcanzado en el siglo XII. Un mediador así hubiera sido no sólo el héroe de la batalla de Lepanto, sino de toda su época. Si hay que ver alguna relación entre la tumba de Oleguer Bonestruga y el Cristo de Lepanto, ésta es la creencia de que él continuó trabajando entre bastidores para mantener la amenaza musulmana alejada de las costas españolas y el deseo de que los poderes de la época moderna temprana pudieran conseguir lo que sus antepasados tres siglos antes.

LAWRENCE J. McCRANK

Traducido por Philomena Coffey y Eloy Hernández.

SAINT AND HERO: OLEGUER OF BARCELONA

When one visits the spectacular 13-15th-century High-Gothic cathedral of Barcelona (completed in 1488), as thousands do yearly, many features vie for one's attention: the inner space is breathtaking (273 ft. long, 122 ft. wide, and 84 ft. high); the staircase before the sanctuary leading down to the crypt of Sta. Eulalia commemorating the martyrs of ancient Barcino; and the high altar itself. But no one leaves without visiting the main side chapel, the Capilla del Santísimo Cristo de Lepanto, which features the "Christ of Lepanto" figurehead from Don Juan de Austria's flagship when he led the Holy League against the Ottoman fleet that threatened Christian supremacy in the western Mediterranean. The Muslim-Christian rivalry had been taken from Europe to North Africa under Charles V, but Spanish ambitions had suffered a humiliating rebuff of the 1559 Djerba expedition to Tripoli. A stalemate ensued, but Turkish galleys were constantly testing the invisible mid-Mediterranean frontier. The victory of October 9, 1571 was heralded throughout Europe as rightful vengeance for previous defeats, but especially in Spain, as a resounding triumph. J. L. Elliot in his Imperial Spain (p. 238) comments:

The spectacular victory of the Christian forces at Lepanto, in 1571 was to epitomize for contemporaries all that was most glorious in the crusade against Islam. It was an eternal source of pride to those who, like Miguel de Cervantes, had fought in the battle and could show the scars of their wounds, and of grateful wonder to the millions who saw in it a divine deliverance of Christendom from the power of the oppressor. Don Juan himself appeared as the resplendent image of the crusading hero, a man who had wrought great things in the Lord. The trophies of battle were proudly displayed, and the victory was commemorated in pictures, medals, and tapestries.

But it is not Don Juan the hero of Lepanto, who is buried in this shrine of the victorious Crusade. It is another hero from another time. Elevated above the altar as the outstanding centerpiece of this display is not the trophy from Lepanto, but an alabaster tomb carved in this era of renewed Muslim-Christian conflict, in which is buried the twelfth century charismatic Saint Oleguer [Oldegarius] Bonestruga, Bishop of Barcelona and Archbishop of Tarragona. He resides there in a rightful place, since he was an Augustinian from St. Rufus of Avignon from where post-Gregorian reform of cathedral chapters emanated throughout the late-eleventh and early-twelfth century; the side chapel is the converted chapter house of the medieval cathedral. But why his elevation to such an honorific place, below the Sancto Cristo de Lepanto? What is the significance, and the irony in this juxtaposition of Don Juan's figurehead and the funerary, effigy, and the connection between the cult of this saintly prelate and sixteenth-century crusading or the mentality of the century thereafter when he was canonized?

An obvious semiotic relationship between the beginning of the crusades when Barcelonan hegemony was imposed on Muslims north of the Ebro during the twelfth century with the later expansion to retake the seas, and the Battle of Lepanto which was thought momentarily to be the culmination of the crusades if the Ottoman naval threat to the West were permanently repulsed. The Holy League, led by the papacy of Pius V, was armed and outfitted by Felipe II of Spain largely at Barcelona, and augmented by naval contingents from Venice's commercial empire. had made a stand along the old frontier between the eastern and western Mediterranean that had demarcated the Roman sea-bordered empire. The boundary from ancient to early modern times had run from the tip of Italy to Sicily and over to Tunis in North Africa. The Ottoman strike had threatened to collapse this frontier, making the Western Mediterranean vulnerable once again, as it had been throughout most of the Middle Ages, to Muslim piracy and raiding. The threat was so imminent in the late 1560s that the Catholic King had ordered the evacuation of the Balearics. The Catalans protested so strongly that the king withdrew his order, but this meant that the Barcelonans in particular, to protect their countrymen and their far-flung commercial interests, prepared to engage the enemy all the more fervently by recalling a distant time when the Muslims had been in Barcelona and for four hundred years had lived almost next door, just across the Tarragonan frontier, and had dominated the Western Mediterranean Sea.

The second connection is more subtle and ironic, however, since it lies in relating the mediating role of all saints, but especially Saint Oleguer to whom Barcelonans prayed for help in the continuing crusade against Islam, because on earth he had been the ultimate mediator. The Holy League broke apart with the defection of Venice one year after Lepanto, the revolt of the Netherlands took the Crowns attention elsewhere, and even papal subsidies could not shore up Spanish finances enough to keep wars going on multiple fronts. Ironically, for all the bravado, Lepanto was a shallow victory. Unlike the alliance system forged by Oleguer in the twelfth century, the crusading movement had become disunited, sporadic, and easily side-tracked. So Oleguer, intercessor and mediator, whose cult had a local following dating from the thirteenth century as attested by the assemblage of a book of miracles (mostly cures and healing), and whose sepulcher had been richly carved and moved into a prominent position by the fifteenth century, was tied to the Lepanto victory, in the sixteenth century because he was the intercessor most revered whenever the people came into conflict with Islam. Yet, it was not until 1675, well after any vestige of the crusades, when Pope Innocent XI canonized him, that this saint's recognition was made official for all Christendom. One might speculate that Lepanto, given its unproductive aftermath, could not be counted among his miracles. In the twilight of Spain's grandeur, in an era of nostalgia and hope, this figure representing the high Middle Ages, the force of the Crusades, and a lasting victory of Christendom over the infidel, was commemorated. It is as if people wondered about the outcome of Lepanto and had hoped for a different history if an Oleguer of Barcelona had lived then. He was the hero the Holy League never had, the penultimate strategist intercessor, negotiator, alliance-maker, and architect of the grand crusade that Holy League participants, in the wake of Lepanto, wished they might have had. This saint was at last officially recognized when Catalunya, Spain and Europe in the wake of Reformation, Counter-reformation, and the Wars of Religion, desperately needed to remember a Christian hero who stood for the restoration of Christianity, Christian unity, and peace. Oleguer, credited with the success of the Catalan reconquest in taking New Catalunya, was their latter-day hero. His valor and bravery were hardly conspicuous on the field of battle, but must have been evident around a negotiating table. He was a great statesman and perhaps the diplomat of his century.

Tourists from Europe and America standing before the Cristo de

*Lepanto today cannot help fix their gaze upon the white sarcophagus of Saint Oleguer. They can be heard asking one another "Who is he?" as they scramble through their guide books or strain to hear some docent's cryptic remarks. Indeed, who was this churchman, so lately recognized as a saint and elevated to heroic stature seemingly as afterthought, who deserves such a prominent place in the memory of the Church and especially the church of Barcelona, but who is still little largely unknown today outside Catalunya? We know of him from two biographic accounts preserved in manuscripts in the archives of the Cathedral of Barcelona from 1323 and 1340 respectively, which were included by Enrique Florez in his *España Sagrada*. The latter is a copy of what may be called the original *Vita prima sancti Olegarii* written by Oleguer's contemporary and assistant, Master Renald of Barcelona, whose twelfth-century manuscripts are no longer extant. The *Alterra vita* or *segunda* is based on the first, perhaps as a prologue to the appended *miracula* to form an early *processo* or case history for beatification. These biographic and hagiographic texts are supported by numerous charters in the cathedral archives and copies into the famous *Libri Antiquitatum* or grand cartulary of Barcelona's see, and mention of this prelate by contemporary chroniclers among them, Ordericus Vitalis in his account written in 1141 including Norman expansion and participation in the Iberian Crusades. One can still enter parish churches built in the diocese of Barcelona under Oleguer's episcopate. Finally, there is photographic evidence from the exhumation of Oleguer for the safekeeping of his medieval vestments and documentation of his remains which revealed a man of average height and build, whose stature assuredly rested more on personality and charisma than an imposing physical presence. From all of these sources it is possible to reconstruct his life and highlight his contributions to regional history and significance for the entirety of twelfth-century Europe.*

Nevertheless, his life starts in obscurity. He was born ca. 1060 and named after his father, whom we now know was employed in the service of the comital house of Barcelona as a scribe and courier. According to Renald, Oleguer studied hard as a child, showed promise, and was readied for service to the see of Barcelona as an oblate. He grew up, therefore, in the environs of the Romanesque cathedral of Santes Creus in the city center. By June 15, 1088 he had obtained the rank of deacon and assisted Bishop Bertrand in his Augustinian reform of the chapter and its affiliation with St. Rufus of Avignon. By July 16, 1093 Oleguer was

the chapter's praepositor or chief financial officer. Sometime before Bishop Bertain's death in 1095, Oleguer had become prior at Sant Adrian de Besos, an office he retained through an era when resurgent militant Islam from North Africa threatened the balance of power that had grown in Spain in the last century. Indeed, in 1114 the wali of Zaragoza had outfitted an expedition that attacked Cervera, descended through the passes at Martorell, and threatened to come down to Llobregat valley to sack Barcelona itself. The count hurried back from the Balearic campaign to meet troops called in from Provence and Narbonne to protect the capital. The Murabits retreated through the Penedes, where scotch-earth tactics wreaked widespread damage. Catalan and Provençal troops pursued them passed Tarragona and defeated them at Salou with the help of a navel contingent diverted from Mallorca. It was during this turmoil that Oleguer was elected abbot of the motherhouse in Avignon and head of the Augustinian Congregation of Provence. Although elected primarily as an astute administrator, it is in this capacity as abbot that his talents for diplomacy were noticed by churchmen and nobles alike, especially the comital family of Barcelona. He had, after all, negotiated settlements of property disputes between the monasteries of Cuixa and Arles, and had therefore risen to prominence as a judge and advocate. His election may have been orchestrated to insure the support of this important congregation for the Catalan cause. Moreover, it has been speculated that he was none other than the unidentified Abbot Nigelaricus mentioned in the Pisan Gesta Triumphalia who had been so instrumental in the 1113-1114 alliance of Pisa, Provence, and Barcelona against the Muslim Balearics.

When Bishop Guillen of Barcelona was killed in April 1115 during the siege of Palma de Mallorca, the see became vacant. At the instigation of his wife, Countess Dolce of Provence whom Oleguer had accompanied to Barcelona. Count Ramon Berenguer III asked the abbot to accept his nomination as bishop. Oleguer refused, the count insisted, and according to Renald, the count actually intimidated the churchman to stay at Barcelona. Both Vitae attest Oleguer's protests, maybe just the rhetorical convention of nolo episcopari, but perhaps real reluctance since the job of bishop was then augmented by obligations to the count to keep in tact the fragile alliance forged for the Mallorcan crusade and to assist in the res-tabilization of the frontier. Moreover, it is likely that Barcelona's ambitions toward reconquest of Tarragona were already solidifying into policy and strategy in which the church of Barcelona would play a seminal role.

The collusion of the papacy and Catalan prelates to restore the metropolitan province of the Tarraconensis had solid precedent in the abortive effort of Berenguer Seniofred de Lluçanes in the 1090s when the Bishop of Vic was bestowed the Archbishopric in partibus fidelibus. This would entail the ecclesiastical restoration of the metropolitanate of Tarragona, the ancient see of Tarraco, which had lay under Muslim rule through the mid-eleventh century and was now largely uninhabited and in ruins. Like Henry II a few decades later, the count's game-plan was to entrust the sec of Barcelona and the projected restoration of Tarragona to a loyal family supporter and confidant.

Ramon Berenguer and his retinue, which included Master Renald but not Oleguer, set out for Rome with the intention of attending the Lateran Council of March 4, 1116. Oleguer's biographer states his intention clearly, namely to seek military aid for his fight against Islam, and particularly the fanatic al-Murabits. He obtained renewed fealty from the Provençal nobles en route, arranged for naval contingents from Roda, Nice, Arles, and other cities, and negotiated renewals of the 1113 alliance with Pisa and Genova. He stayed on the coast because of designs by imperial troops to wavlay his retinue, but a delegation met with Paschal II in the Castel di San Angelo to plot the projected crusade against Muslim Lleida and Tortosa. Paschal II drafted letters ordering Oleguer to accept consecration as bishop at the bands of his legale, Cardinal Boso of Santa Anastasia. A follow-up letter of May 23, 1116 reveals that the count had renewed his family's fealty to the Holy See (first declared in 1089), the papacy would sponsor the envisioned campaigns as a genuine Crusade preached not against the Muslim inhabitants of the Tarragonan frontier, but against their tyranical oppressors, the Murabit invaders from Africa. Cardinal Boso joined the comital retinue, traveled to Maguellone where he made Oleguer Bishop of Barcelona, and the party returned to the capital city amidst a joyous acclamation by the populace.

It was just after Oleguer's elevation to the episcopacy that a full program of ecclesiastical restoration matured as an essential component of the Reconquest. It is notable that it was the count who secured the blessing of the papacy as a condition of renewed vassalage as a crusading state, while Oleguer remained at home base. Cardinal Boso went on to preside over councils at Burgos and Coimbra, and one at Girona on his return in spring 1117, ostensibly on church business, but also to ensure the suppression of any latent hostilities between the Luso-Hispanic Christian states which were prone to war with each other as much as against the

Muslim tawaif lords to the south. Renald makes it clear that the Cardinal legate proclaimed the crusade against Tortosa and made clear the papacy's policy threatening intervention in any internecine warfare among the Christians, and encouraging a pan-peninsular alliance against the Murabits. This never resulted in a pan-Luso-Hispanic united front against Islam, but did create a lull in internecine activities that permitted bolder action in the eastern arena where the push of Alfons el Batallador of Aragon against the perimeter of the old Hudid kingdom of Zaragoza was coordinated with the Barcelonan encroachment against Zaragoza's outlying fortress city-states of Lleida and Tortosa. Aragon's subsequent move down the Ebro Valley was, however, as source of potential conflict between Aragon and Catalunya. The resolution of this potential disaster through the dynastic union of Aragon and the Principality of Barcelona would be Oleguer's suprem coup de grace toward the end of his life.

The arrangements of 1090-1091 to restore the metropolitanate of Tarragona were followed except for the important act of January 23, 1118 when Count Ramon Berneguer III gave the city of Tarragona and its territory to Oleguer and his successors, not at Barcelona, but as the primates of the Tarraconensis under obedience to the Holy Sec. The strategy was masterful, since Alfons I of Aragon following a stalemate after his capture of Tudela in 1114, immediately after the Cardinal-legate's visit had begun his move against Zaragoza. The old Hudid capital of the Muselim northern march would fall on December 18, 1118. The count was in no position to dictate anything to the king of Aragon, but Oleguer would be in his capacity as metropolitan with jurisdiction over the churches of Aragon and the newly restored sec of Zaragoza. And the count, after all, was the protector of the Church of Tarragona, so if plans went array, any intervention could be justified. As is, comital forces had to loosen their hold of the Balearics in order to stake out their claims to the Lleida and Tortosa reconquests and limit the ambition of the Battler in these areas. What could have led to internecine rivalry, as it always had in the past when land was in question, was converted in this era into a coalition, then a federation, and ultimately during Oleguer's lifetime the dynastic union of the Crown of Arago-Catalunya.

The restoration began by plan before the fact of Oleguer's elevation to the archiepiscopacy; the bishop was styled dispensator and rector of Tarragona. Unfortunately Paschal II died before all promises made were kept, but continuity was assured when Johan of Gaeta, an Augustinian

Canon front St. Rufus of Avignon who had lived there under Oleguer's abbatiade and who had worked with Paschal II and Cardinal Boso in the negotiations of 1116-1117, was elected as Gelasius II. Oleguer traveled to Rome immediately after the pope's election, preached in Rome by special invitation, and on March 8 was consecrated as Tarragona's new archbishop by his former protogee. Gelasius II also confirmed the donation of Ramon Berenguer III and continued the papal policy of viewing Spain as a crusading country under the protection of St. Peter. Oleguer kept both secs, Barcelona and Tarragona, in plurality, and he assumed a special jurisdiction for Tortosa as an extension of Tarragona's diocese. While the prelate thus solidified everything in Rome, the count drove deep into Muslim territory and forced the walis of Lleida and Tortosa, and Valencia as well if the Gesta Comitum Barcinonesium can be believed, to renew their tribute status as the Murabits were forced south. While the famous Rey Lobo or Ibn-Mardanish, the upstart tawaiif lord of Murcia, moved into the power vacuum in the kingdom of Valencia, the Muslim frontier was left to fend for itself. Catalan nobles seized the opportunity to overtake key castles in the Lleidan frontier and expeditions pushed toward Tarragona down to Tamarit along the coast. In 1123 the Count was so confident that he prematurely donated the mosque of Lleida to the monastery of Solsona. Then the unpredictable happened. The Murabits sent reinforcements to the northern frontier, strengthened the Lleida fortress, and in March 1124 road out to deliver a resounding defeat to the combined Catalan and Aragonese forces at Corbins. The Christians rallied and returned the blow with a hueste far into Andalusia in 1125, more for a show of strength and united resolve than the gain of any lasting advantage. When Alfons I returned, he concentrated on Fraga and Mequinenza and left the Lleidan frontier to the Catalans, so any possible contest between the kingdom and principality was avoided. But these ventures meant that Arago-Catalan manpower, limited without reinforcements from north of the Pyrenees, could not be deployed at Tarragona as such.

Archbishop Oleguer was not on the scene in any case, since he seems to have stayed in Provence with his exiled patron, Gelasius II who died on March 29, 1119. His successor, Calixtus II called the council of Toulouse that June, when Oleguer persuaded the council fathers to reaffirm the crusade against the Murabits in Spain. Armed with right to preach the crusade and grant indulgences for service in the peninsula, the archbishop accompanied the new pope to Rheims for another papal coun-

cil on October 19, 1120. It was here and thereafter in a number of cities, that Orderic Vitalis reports on Oleguer's preaching successes and popularization of the Tarragona cause. Texts of his sermons circulated widely, but none have survived to this day. Nevertheless, the prelate became well known in ecclesiastic circles. Gerhoch of Reischersberg, for example, was later to recommend Oleguer's advice, with that of St. Bernard of Clairvaux, to Innocent III.

The prelate, now in his sixties, returned to his *sec* in 1121 but continued his travels, apparently to the deserted city of Tarragona itself where he began building a church; to Aragon where he obtained the king's aid in founding the military confraternity of Belchite which in 1136 would be absorbed into the Knights Templars; another trip to Rome in 1123 for the Lateran Council where he secured from the council fathers the concession that it was equally meritorious to fight in Spain as in the Holy Land, and the appointment from Calixtus II as legate in charge of the Iberian Crusade; to the battlefields in the Ebro Valley in 1123-1124; and after the disaster at Corbins, a pilgrimage to the Holy Land in 1125 not just to pay his respects, but to scout for crusading manpower and settlers. On his return he enlisted Roger II of Sicily to join with the Catalans, and after the summer of 1125 when back in Barcelona, he worked with incoming contingents from France, Normandy, Provence, Italy and Sicily, and perhaps the Holy Land as well, to make up the international force that was to occupy Tarragona. His tasks included moderating quarrels between the allies, ensuring compensation to knights from Montpellier who had not been paid, and bringing Genoa into the alliance. Meanwhile comital forces secured the northern perimeter of Tarragona's territory by taking a series of strategic castles, and the new military order, the Knights Hospitalers who were organized at Cervera sometime after 1111, stationed a contingent in 1120 at Sant Valenti des Cabyanes in the Penedes. Catalan settlers moved into the Plains of Tarragona under his protective mantle, in areas occupied also by Muslim peasants and herdsmen who in turn were protected by a mountain castle system extending from Tortosa under the captaincy of Siurana.

In 1127 Ramon Berenguer III of Barcelona, Roger II of Sicily, and Guillaume V of Montpellier with their Genoese trade partners were preparing for a major naval expedition against Tortosa, which was launched in July 1128. Oleguer was busy behind the scene, at Narbonne when he attended a council called by Honorius III's legate, Archbishop Arnald of Narbonne. There he founded the confraternity of Tarragona

and enlarged this to an archconfraternity for funding the wars in New Catalunya by the churches of Toulouse, Agde, Maguellone, Carcassonne, Bezier, Lodeve, Elna. Girona, Vic, Urgel, and Zaragoza, plus five major abbeys. Smaller confraternities such as those at La Portella, Urgel, Lillet, Sta. Eulalia del Camp, and Santes Creus in Barcelona, were incorporated into this pan-Pyrenean umbrella organization. Laymen dos were 12 denari "if not more" per year, and people could enroll their deceased loved ones by paying their memberships; in turn, Masses were offered for the intention of the Crusade and the souls of the membership, the Peace and Truce of God was extended to maintain peace in the hinterland, and the protection of St. Peter was proclaimed throughout the land. By 1128 the bishop of Vic was rebuilding the church of San Salvador in the suburbs of Tarragona, and charters in the cartulary of San Cugat del Valles attest donations of the faithful to the archconfraternity for Tarragona's restoration.

At this critical juncture the elderly archbishop, now nearly seventy years old, infeudated Tarragona as an ecclesiastical principality to a Norman mercenary, Robert Burdet, who hailed from Cullie, near Roadanges not far from Orderic Vitalis' own monastery of St. Evroult. He had apparently come to northeastern Spain with the troops of Rotrou II de Perche in 1114, fought in the service of Alfons I, and may have met the archbishop in 1122-23 during the Ebro Valley campaigns. Robert was styled "Prince of Tarragona" when on March 14, 1129 he paid homage the archbishop-legate, but in his capacity as defender (defensor) the Norman entered into a relationship similar to the French *vidaume* (vicedominus) or protector. The contract is detailed and ingenious, operating on precedent, and being creative at the same time. According to Orderic Vitalis, Robert traveled to Rome to have all of these arrangements confirmed by the papacy.

Sometime after 1129 a Muslim embassy from, Tortosa headed by the jurist 'Abd al-Aziz complained to 'Ali ibn Tasufin in Marrakesh that Tarragona had fallen to the Christians, so that now more than ever Tortosa needed protection. Later documentation from 1149 suggests that the Normans invested the city by 1130, but Muslim counterattacks on Tarragona continued until 1141 or thereafter. Ramon Berenguer III died in 1131 without fulfilling his dream of a Tortosan conquest. Shortly thereafter Alfons I encountered stiff resistance at Fraga because of Murabit reinforcements, and Norman troops from Tarragona under Robert Burdet came to his assistance while his wife dunned in armor patrolled Tarrago-

na's walls to buoy up the moral of the garrison there. Tortosa and Lleida were reinforced as well, and another allied attack on the lower Ebro fortress city was attempted in 1136. It failed, and Tarragona remained vulnerable to counterattack until after the capture of Lleida and Tortosa a decade later.

Oleguer was drawn away for a time from the Crusade and its vicissitudes to try his peacemaking skills in the larger arena of continuing imperial-papal conflict. Even in southern France while mitigating conflict in Italy, he preached that excommunicated criminals could be granted absolution after a year of military service in the crusade in northeastern Spain. Innocent II at the council of Clermont in 1130 directed all of Tarragona's suffragans to make financial contributions to the see's restoration. The Templars were moved in 1131 to Barbara to protect the upper frontier, and by 1135 they extended their holdings across this march, the Normans remained ensconced at Tarragona; but the highlands to the southwest were not subdued, pirates menaced the coast, and Tortosa remained invulnerable. Oleguer returned to negotiate peace between the Arago-Catalan federation and Castile-Leon which feuded over rights to Zaragoza, to shepherd the succession of 1134 in Aragon, and to guide young Ramon Berenguer IV in statecraft and military strategy and arrange his marriage to Petronila, heiress to the Aragonese throne. He had complained to Innocent II about the infirmities of old age and the burden of his office in 1130, and yet continued to travel between Barcelona and Zaragoza. He made one last trip between November 1136 and early 1137, returned to convene a council at Barcelona. He died shortly thereafter on March 6, 1137. He was nearly eighty years old, having outlived most of his fellowmen to twice the average of life expectancy then. He had accomplished more than most could, several fold, and left his world substantially changed.

The legacy of Oleguer Bonestruga is remarkable: (1) the reform of the church at Barcelona; (2) the restoration of the see of Tarragona; (3) the foundation of the archconfraternity of Tarragona; (4) significant progress in the crusade against Lleida and Tortosa, even if the objective was not achieved during his lifetime, and (5) the fusion of Arago-Catalan alliance and federation that made possible their union and formation of the Crown of Aragon-Catalunya. His phenomenal *vita activa* is not commonplace in hagiography: not many churchmen were so influential across cultural and political boundaries, nor have statesmen and diplomats who wielded such earthly power and had so devoted themselves

to the affairs of this world, ever become saints. The military alliances he forged from 1113-1114 onward lasted over a generation and brought together the entire western Mediterranean and reached northward as far as Normandy, for the defeat of the African Murabits in Spain. No wonder his name was invoked four centuries later by Barcelonans who prayed to Oleguer for a successful resolution of the Turkish menace to the western Mediterranean, or that in the decline of Spain and its empire, better more glorious days were remembered and heroes such as he were resurrected from days of old as candidates for sainthood in the early modern era. One wonders now, as people did then, what the turns of history would have been like if Oleguer had put together the Holy League, or if an Oleguer had risen to such a task to lead a disunited Christendom that could only marvel at the singularity of purpose achieved in the twelfth century. Such a mediator would have been the outstanding hero of his era, not just of the battle of Lepanto. If any connection should be seen between Oleguer Bonestruga's tomb and the Cristo de Lepanto, it is the belief that he continued to work behind the scenes to keep the Muslim menace from the shores of Spain and the wish that early-modern powers could accomplish what their forebearers had three centuries earlier.

LAWRENCE J. MCCRANK